



DIÁLOGO SEXTO.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DE LA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO REDENTOR, Y DE LO QUE OBRÓ SU ATENTA CONSIDERACIÓN EN NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO Y OTROS SANTOS, Y DEL PRIMER JAYÁN Y ENEMIGO QUE DEFIENDE LA ENTRADA DEL REINO DE DIOS.

§ I.

Discípulo. No está bueno mi maestro, pues no sale esta tarde por la huerta; téngale nuestro Señor de su mano, y no permita que su poca salud sea parte para que tan santo ejercicio como el que tiene comenzado con tanto aprovechamiento de las almas deje de tener el fin que desea, porque sin duda alguna, si llega á ordenar lo que toca á las intrusiones ó hablas interiores del alma con Dios, que algunos han llamado oración de



DIÁLOGO SEXTO.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DE LA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO REDENTOR, Y DE LO QUE OBRÓ SU ATENTA CONSIDERACIÓN EN NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO Y OTROS SANTOS, Y DEL PRIMER JAYÁN Y ENEMIGO QUE DEFIENDE LA ENTRADA DEL REINO DE DIOS.

§ I.

Discípulo. No está bueno mi maestro, pues no sale esta tarde por la huerta; téngale nuestro Señor de su mano, y no permita que su poca salud sea parte para que tan santo ejercicio como el que tiene comenzado con tanto aprovechamiento de las almas deje de tener el fin que desea, porque sin duda alguna, si llega á ordenar lo que toca á las intrusiones ó hablas interiores del alma con Dios, que algunos han llamado oración de

recogimiento, que sea una de las cosas de mayor artificio y más provechosas para todo género de personas que quieren aprovechar en la milicia cristiana, de cuantas él ha escrito. Yo quiero llegarme á su celda, que si el mal del hígado, que de ordinario le aflige, no es mucho, no dejará de continuar lo que ayer dejó comenzado. Pero ya viene, y en los pasos lentos y color encendido del rostro se echa de ver que no viene bueno.

MAESTRO. Estés enhorabuena, Deseoso.

DISCÍPULO. Buena es para mí, cuando me recibí verte y oír esa voz tan agradables á mis oídos. ¿Qué ha ocasionado vuestra tardanza de hoy?

MAESTRO. Mi indisposición del hígado me ha detenido, y no saliera de mi celda si no fuera por tu respeto.

DISCÍPULO. Ya sospeché yo que tanto hablar ayer de Pasión y el meditar esta noche en ella para continuar hoy la lección comenzada el día anterior, habría perjudicado vuestra salud.

MAESTRO. Pluguiese á Dios que en tal ejercicio muriese, que esto sería el verdadero vivir. Quanto más que no soy tan espiritual que la meditación de Cristo crucificado me haga enfermar en el cuerpo, ni el alma tampoco.

DISCÍPULO. ¿Luego esos efectos causa en los que atentamente y según conviene la consideran?

MAESTRO. En nuestro Padre San Francisco lo puedes ver, que fué uno de los que más contemplaron en ella, y en quien mejor se conoció su virtud y eficacia maravillosa; porque, como sabes, se transformó todo él en crucificado.

DISCÍPULO. De esa transformación deseo mucho que me digas algo, porque es la cosa que mayor admiración me produce de cuantas en mi vida he oído.

MAESTRO. Dos transformaciones visibles y al ojo ha hecho el amor, con que declaró bien su virtud, conviene á saber: de Dios en el hombre y de Francisco en Dios. Tenía Dios dentro de su corazón al hombre, y sacóle afuera el amor, haciéndole parecer y ser hombre. Tenía San Francisco dentro de sí á Jesucristo llagado y en la cruz por continua meditación é imitación, y sacóle afuera el amor; y apareciendo Cristo, desapareció Francisco; porque no ya Francisco, sino Cristo, regía y gobernaba aquel cuerpo y alma bienaventurada de Francisco.

DISCÍPULO. Lo que yo pretendo saber no es el hecho, sino el cómo se ejecutó; porque muchos años hace que medito en la pasión y

muerte de Cristo, sin que me sienta llagado ni transformado en ella; antes muchas veces tan falto de devoción á ella, como si se tratase de la pasión y muerte de cualquier hombre.

MAESTRO. En nuestros tiempos se han visto hartas transformaciones, que han puesto en grande admiración á todo el mundo, y le tuvieran así por largos años, si la falsedad de ellas no se hubiera manifestado tan presto. Mas Dios, que nunca falta á su Iglesia en las cosas necesarias, acudió muy á tiempo con el desengaño, que no habían podido alcanzar tantas y tan buenas letras como en el caso estuvieron engañadas.

DISCÍPULO. Ya imagino yo por quién decís esas cosas; pero una vez que tú guardas silencio acerca de su nombre, no debes querer que se hable al descubierto en este caso.

MAESTRO. Cuando ménos, por ahora no, porque ni hago oficio de historiador, ni es mi propósito ofender á persona alguna, culpable ó no culpable, y que acaso estará ya arrepentida y enmendada. Bien pudiera tratar aquí de algunas mujeres que han fingido llagas, azotes, coronas de espinas y Cristos en los pechos, porque en nuestros tiempos hemos visto todo esto, y aun en él se conoce la causa de una doncella que soñaba ciertos sueños,

que á primera vista parecían profecías; y de un sacamanchas, que si se sacara las de su alma no manchara á tantos con sus falsedades; y de un profeta mentiroso de que yo me escandalicé mucho, y anuncié su caída mucho antes que aconteciese, por algunas señales de presunción y soberbia que observé en él; mas porque son cosas modernas, quédense para los historiadores. Lo que conviene es que no te fies de todo espíritu, porque no es verdadero todo lo que lo parece; especialmente no des crédito á mujeres en materia de visiones y revelaciones y exposiciones de la Sagrada Escritura, que Dios es sapientísimo y sabe estimar sus riquezas en lo que son, y no las suele depositar en vasos tan quebradizos. Alvaro Pelagio, famoso jurista en tiempo del Papa Juan XXII, Obispo de Silves, en Portugal, entre muchos vicios que halla en las mujeres, pone por muy particular éste: que de ordinario se fingen espirituales, y dicen que padecen éxtasis y raptos mentales, y que tienen espíritu de profecía; y es lo bueno, que á costa de la virtud, que no tienen, se hacen ricas, recibiendo de los señores y personas devotas grandes regalos y dádivas de mucho precio. ¡Oh cuántas tengo yo conocidas, que las traen de palacio en palacio, pensando los caballeros

y señoras que con su presencia quedan santificadas las casas y redimidas sus culpas! Conoció yo una (dice el buen Obispo), que se arrebatava cuantas veces quería, estando actualmente amancebada, y después de muerta, visitando un convento de religiosas, hallé en él una hija suya, que había tenido por adulterio, la cual me descubrió la maldad de su madre, á quien por mucho tiempo yo había honrado y reverenciado como á santa; y la había dado, estando en el siglo, muchas posesiones y casas en que viviese, por la devoción que la tenía. Y confieso que fuí engañado como muchos de aquella provincia lo fueron; y no gente ordinaria, sino varones insignes en santidad y en letras, clérigos y frailes, y muchos Cardenales de la Iglesia de Roma.

§ II.

Yo supe de otra mujer que parecía espiritual, y que quiso persuadir á su confesor de que en la Sede vacante de Sixto V había de ser él colocado por elección como Papa. Y para confirmarlo, decía haber oído tres veces del Cielo que se lo certificaban; pero el buen confesor ningún caso hizo de esto. Pudiera exponer aquí un catálogo lamentable de hombres letrados y santos, ó á lo ménos tenidos

por tales, que fueron engañados por mujerzuelas, especialmente beatas, arrinconados y cubiertos de lodo, y hasta encarcelados algunos de ellos y penitenciados por el Santo Oficio, á causa del crédito y pábulo que prestaron á estas supercherías. Lo cual nos advierte que no debemos fiarnos de arrebatos ni revelaciones de semejantes personas, pues como dijo Séneca: «Las caídas de los que nos preceden son avisos para que no caigamos los que venimos detrás».

§ III.

DISCÍPULO. Querría saber, querido maestro, ya que habéis tocado esta materia, si se puede conocer cuáles son visiones ó revelaciones de Dios, y cuáles del demonio.

MAESTRO. Respóndate por mí San Buenaventura. El dice que sólo el Espíritu Santo, por el don de consejo, puede sin engaño enseñar al hombre lo que en estas cosas se ha de aceptar ó se ha de desechar. A otros les ha parecido, y á este Santo con ellos, que lo más seguro sería no ocuparse en buscar visiones ni revelaciones; y cuando éstas se presentasen siendo buenas, no darles crédito ni condenarlas; porque el creerlas de ligero arguye poquedad de ánimo, y obstinarse en negarlas

demuestra voluntad propia y aun falta de fe. Si las cosas son de pequeña importancia, desprecíalas, y si traen apariencia de algún bien, consúltalas, manifestándote indiferente hasta saber la verdad. Y no sean muchos los consejeros á quien consultes, sino pocos, sabios y temerosos de Dios. Una cosa quiero que sepas, y es: que no porque una persona sea visitada muchas veces con aparecimientos ó revelaciones de cosas futuras, se la ha de tener por más santa ni de mayor mérito que otras que simplemente sirven á Dios; antes por el contrario, se ha de temer y rogar á Dios por ella, porque lleva camino peligroso y sospechoso para el bien.

§ IV.

Algunas veces (dice San Buenaventura) suelen ser las visiones principio de locura y desvanecimiento de la cabeza, como las que Salomón cuenta en sus Proverbios, del que bebe mucho vino. «Tus ojos, dice él, verán cosas extrañas, y tu corazón hablará ó suministrará á tu lengua cosas perversas». Los hombres sabios y cursados en la vida espiritual, ningún caso hacen de estas musarañas y quimeras; pero la gente popular y simple piensa que aquí está el punto de la santidad. En fin-

giendo una mujercilla cuatro desmayos, la celebran por santa, y tiene segura la comida y cuanto ha menester. Y aun otra cosa he observado en beatillas, que antes de serlo son humildes y se contentan con un rinconcillo en que pasar la vida con pobreza, y en siéndolo, reparan en si la señora á quien visitan manda que les den cojín para asentarse, y en si las llama merced y otros tratamientos del mundo. De manera que la mudanza del estado (á su parecer de mayor perfección), les quita la poca que, no sé si la naturaleza ó la gracia, les había dado. Al fin yo encuentro por mi cuenta, que como en materia de pecados no se halla término ni límite á las invenciones que cada día hay de pecar, ni confesores que respondan á los casos que de nuevo se ofrecen; así en materia de virtud nunca anduvo el mundo más desconcertado que ahora, ni más ocasionados y dispuestos los hombres á ser engañados. Vale ya tan caro un santo, que se nos van los ojos tras de cualquier apariencia que vemos de santidad; y aunque realmente no lo sea, nos arrojamos á venerarla en cualquiera que la vemos. Y así los hipócritas, con muy poco esfuerzo que empleen, parecen santos; porque los que lo son en realidad marchan á un paso muy ordinario, y sin los extremos que los anti-

guos y de aquellos siglos dorados emplearon.

DISCÍPULO. Otra cosa quería preguntarte acerca de lo que vas tratando; pero temo absorber el tiempo destinado á la explicación de cosas mayores.

MAESTRO. Mayores podrán ser, pero más necesarias que éstas para el desengaño de gente espiritual, ó que procura serlo, no las conozco. Y aunque confieso que experimentarí el mayor consuelo y tendría el mayor gusto en tratar de la transformación verdadera que causa el amor, ó sea acerca de lo que me propuse á la entrada de esta plática; no obstante, prefiero renunciar á este gusto en gracia de tu provecho. Dí ahora lo que quisieres.

DISCÍPULO. ¿Puede el demonio con su gran sabiduría y engañosas mañas, causar devoción y gusto espiritual en las personas que tratan de oración y recogimiento?

MAESTRO. Aunque muy á la ligera, lo traté ya en otra parte: los santos dicen que permitiéndolo nuestro Señor, por justos juicios suyos y deméritos nuestros, para hacer caer á la mísera ánima, suele el demonio darnos una fantástica y aparente devoción, causando quietud y reposo en las pasiones y sentimientos suyos, removiendo ó quitando los desordenados movimientos y sugerencias

de los pecados, y ofreciendo juntamente una cierta dulzura engañosa en los sentidos, la cual en personas simples y de poca experiencia ha mucho lugar, y por eso la abrazan con seguridad de que es Dios. De donde vienen á dar en muchos errores y despeñaderos, según nos lo ha demostrado la experiencia en algunas personas, que por este camino han sido engañadas. Gerson dice, que hablando él con una mujer anciana, le confesó que habiendo pedido ella á la Virgen María que la hiciese muy devota de su Hijo, de manera que ni pensase, ni hablase, ni amara cosa que no fuera Él; la benditísima Virgen (á su parecer) se le había aparecido, y la había dado tan gran devoción sensible de Cristo nuestro Señor, que verdaderamente se consumía amándole. Y añadió luego, que estaba quejosa de la Virgen porque la había engañado. Fué que todo aquel amor y devoción sensible le faltó, y en lugar de acudir á Dios se apasionó por un hijo suyo, que tenía consigo, y cometió incesto con él.

DISCÍPULO. ¡Oh falso y engañoso demonio! ¡Oh bestia maldita de Dios, que con sobrado atrevimiento osas tomar figura de aquella limpísima criatura, que en pureza sobrepuja todas las angélicas jerarquías!

MAESTRO. Y del mismo Cristo, como se

cuenta en nuestras crónicas de un novicio que por otra visión y habla semejante se crucificó en la cocina, y desesperado se condenó.

§. V.

Dice el Canciller que había quedado como loca y furiosa aquella mujer con la fuerza del amor, y poco á poco fué inducida del demonio á una tan gran maldad como has oído. Yo creo que estos gustos son de muy bajo metal, y que tienen poco ó nada de espiritualidad, y que no salen de la sensualidad, lo cual prueban los de aquellas mujeres iluminadas, que, pensando ó contemplando en Cristo, venían en mil torpezas, que aquí no se pueden poner. De muchas otras tenemos noticia, dice el mismo doctor, las cuales se persuaden que hablan con la gloriosa Virgen, y que en sus oraciones reciben respuestas de Dios por sus ángeles, y que los ven de noche en sus aposentos, estando á oscuras, llenos de resplandores; que oyen voces que les hablan y dan noticia de cosas por venir. Poderoso es Dios para todo eso; pero yo las juzgo por engañadas. De un religioso sabio y predicador y de un clérigo escribe el Canciller, que habían tenido una revelación (porque eran ó parecían muy espirituales), en que les mandaba Dios

que fuesen á Roma y hablasen con los Cardenales, porque por ellos se había de hacer otra Orden nueva y una gran reforma en su Iglesia. El fraile se salió de la religión, y unido al clérigo hicieron ambos la jornada, sin que de todo ello resultase novedad alguna: lo único que pudo presumirse fué que los dos viajeros quedaron burlados y escarnecidos del demonio. Por lo tanto, humíllate á Dios, hijo Deseoso, si no quieres ser miserablemente engañado; porque opinión es de todos los santos que solamente los soberbios corren tan gran peligro. Mucho le desagrada á Dios el pecado de la soberbia, y siempre precede á las caídas. Y con esto pongamos fin á las transformaciones fingidas y sentimientos falsos, porque me llama mi espíritu y la devoción que tengo á mi Padre San Francisco, para que te enseñe el cómo de aquella transformación verdadera en Cristo crucificado; el cual verdaderamente se le apareció en el monte Alverne después de muchos días de oración y de ayuno. Dice San Dionisio, que el amor tiene virtud unitiva y transformativa; y quiere decir que transforma al que ama en la cosa amada, como se transforma el sello y estampa en la cera blanda, mediante el calor del sol ó del fuego. En la cual transformación, el sello tiene lugar activamente, la cera pasivamente

y el fuego dispositivamente; así es que el que ama padece, el amado obra y el amor dispone. Si yo te amo á tí, me transformo en tí mismo; y si tú me amas á mí, te transformas en el mismo sentido; lo cual no puede tener efecto sin la mediación del amor; ni es transformación de un cuerpo en otro cuerpo, porque eso no se puede hacer sin daño de tercero, con pérdida, cuando ménos, de uno de los dos; quedándose muy por debajo el poder del amor. Es transformación de voluntades, de ánimos y de corazones, por conformidad de costumbres y comunicación de fortunas. Esa fué la transformación de San Pablo en Cristo. «Vivo yo y no vivo yo; vive Cristo en mí». Esta, también, obró el amor en nuestro Padre San Francisco, con tanta excelencia, que todo él fué un vivo retrato de Cristo, en la pobreza, menosprecio, humildad, caridad y paciencia, y en las demas virtudes. Y púdose decir con gran verdad, que San Francisco vivo y todas sus obras fueron comento certísimo del Evangelio; del cual, ni una jota ni una pequenita tilde quebrantó ni dejó por cumplir. Mas como el amor que en su pecho ardía no era vulgar ni ordinario, sino extático, seráfico y frutivo, a esta transformación de costumbres añadió otra nunca vista ni oída en el mundo, que fué: sacar en el cuerpo del

glorioso Padre la figura que de Cristo crucificado traía en el alma, para que de todo en todo se pareciese á Cristo el que tan de veras ardía todo él en amor de Cristo. Y aquí estancó el amor y acabó con sus triunfos. Y San Francisco acabó también de conocer lo que costó á Cristo, sintiendo sus sacratísimas llagas, llagados piés y manos y el corazón con ellos. Y ese es (á mi parecer) el sentimiento del Apóstol cuando decía á los Filipenses: «De aquí adelante ó en lo demas, nadie me sea molesto, conviene á saber, con pecados y ofensas de Dios; porque traigo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús, y sé lo que le costastes por lo que yo siento con ellas».

DISCÍPULO. ¿Luego San Pablo tuvo también llagas en el cuerpo como nuestro Padre San Francisco?

MAESTRO. Ninguno lo ha dicho hasta ahora, ni la Iglesia católica ha determinado cosa alguna en este particular; ni era prerrogativa ésta para estar secreta tanto tiempo. Lo que comunmente dicen todos los doctores es, que llama el Apóstol llagas de Jesús los azotes, los padecimientos, las penas y trabajos que en su cuerpo sufría por Cristo y su Evangelio; que al fin se gloria de más Apóstol que todos, no por más santo, sino por más trabajado. Y en este sentido dijo en otra parte: «Juntamente

con Cristo estoy crucificado»; no porque estuviese puesto en la cruz de Cristo, sino por la semejanza que con El tenía en los padecimientos, y porque con el deseo estaba abrasado y enclavado en la cruz juntamente con Cristo.

§ VI.

DISCÍPULO. ¿Luego no hay otras llagas canonicadas sino las de Cristo y San Francisco?

MAESTRO. Ningunas, como consta de algunas Extravagantes del Papa Sixto IV.

DISCÍPULO. Argumento fué del grande amor que nuestro Padre tuvo á Cristo y á su cruz, y del que Cristo tuvo á San Francisco, estampar en su cuerpo las señales de nuestra redención.

MAESTRO. Entre las uniones naturales, la más perfecta es la del cuerpo con el alma; son tan unos, que el contento y descontento comen á una mesa, y se comunican entre ellos: luego sale á la cara la alegría ó la tristeza del alma. Aun en el cielo de la gloria del alma le ha de caber al cuerpo muy buena parte: al fin tiene de ella sus gajes y relieves. Pues tan estrecha fué la unión de Cristo y San Francisco, y mucho más. Juntólos tan de veras el amor, é hízolos tan unos, que no sólo los afectos de

alegría de Cristo, con que muchas veces era regalado Francisco y salía de sí, sino sus llagas y dolores le comunicó. Fué Cristo alma de San Francisco, y Francisco cuerpo de Cristo, que le sale á la cara el contento y el dolor que su alma tiene. De David y Jonatás dice la Escritura que se amaban tanto, que parecía no haber entre ellos más de una sola alma, que regía dos cuerpos. Y en lo que mostró Jonatás á David su crecido amor, fué en que viniendo un día desmelenado y perseguido, le vistió de sus ropas y vestidos de hijo de rey. Mucho fué esto, por cierto; pero ¿qué tiene que ver este favor con el que hace Cristo á su amigo San Francisco? Estando en aquel monte Alverne, despreciado, humilde y vestido de un saco, se le apareció lleno de resplandor y gloria de Hijo de Dios, y le vistió de su librea, y enjoyó con aquellos cinco rubíes de sus preciosísimas llagas.

DISCÍPULO. Yo oí decir á un predicador, que San Francisco vivo fué retrato de Cristo muerto.

MAESTRO. Muy bien dicho está; pero yo le llamo cruz de Cristo glorioso; porque estando á la diestra de su eterno Padre glorioso y triunfador, bajó otra vez á la tierra y se crucificó en San Francisco. Y más considero yo aquí, que la cruz en que murió permitió que

estuviese debajo de tierra mucho tiempo, muy secreta é ignorada de su Iglesia, y consintió que, hallada, se repartiase en muchas piezas por diversas partes del mundo; mas de la cruz viva en que se crucificó glorioso, ni un cabello ha querido que se pierda, y entera está en Asís como cuando vivía. Es cruz ésta hecha por su mano; para su honra; la en que murió fué hecha por las de los sayones, para su deshonra.

DISCÍPULO. Jamas he oído yo que la gloria atormente, ni que sean efecto de Dios glorioso llagas y dolores. Que el alma de la Virgen quedase atravesada con el cuchillo de la compasión viendo á su Hijo llagado en la cruz, no es maravilla; porque no es cosa nueva hacer llagas en el corazón el cuerpo del amigo llagado, por estar más el alma del que ama en el amado, que en sí mismo; mas es lo grandísimo que un cuerpo lleno de gloria deje llena de amargura y dolor el alma y cuerpo de San Francisco.

MAESTRO. Amargura dulce, dice San Buenaventura. A lo ménos descúbrese bien en ese hecho, que el padecer por Cristo es gran cosa, pues él mismo baja del cielo, y lleno de gloria (como ves) produce efectos de pena, y á falta de tirano lo es él, y verdugo (si así se permite decir) de su amigo. Por lo cual digo,

que dejando á una parte la Virgen sacratísima, que fué martir por más alto modo que todos los que lo fueron, por serlo en el alma, sin rotura ni maltratamiento del cuerpo, sólo de recudida, quiero decir, de sólo la compasión de ver muerto á su querido Hijo y colgado del santo madero de la cruz, tiene excelencia el martirio de San Francisco, por haberle martirizado Cristo glorioso, sin haber en este martirio martillo, ni clavos, ni lanza, y hallarse en su carne rotura de costado, por donde le salía sangre en abundancia, especialmente los viernes, y en sus manos y piés clavos formados de color de hierro, siendo de carne. Lo cual tiene mucho de consideración, porque en el cuerpo del Señor no duraron los clavos más de lo que estuvo en el madero de la cruz, y en San Francisco permanecieron más de dos años que vivió después de impresas las llagas, y permanecen ahora después de muerto. Y es el misterio (á mi pobre juicio), que los clavos de Cristo eran de hierro y los de San Francisco de carne: los unos labró el odio, los otros el amor. ¿Qué clavos se pudieron forjar en aquellos corazones duros de los judíos, sino de hierro? ¿Qué lanza, sino cruel? ¿Y de las manos de Dios habían de salir sino de carne? Así se quedó nuestro Padre con los que le hizo Dios, y Cristo se hizo quitar los

que le labraron los hombres; porque á Cristo le provocaban los clavos á enojos, y á Francisco los suyos á más amor. Y esa diferencia hallo yo de martirizar á Dios ó el tirano, que el martirio de Dios es amoroso y llevadero; más tiene de dulce que de agrio: el del tirano es de odio y de desamor.

§ VII.

Concluyo esta materia sólo con decirte, que la honra de Cristo es San Francisco. ¿Dirásme cómo es eso?

DISCÍPULO. Claro está, que yo no alcanzo esas honduras.

MAESTRO. Como los grandes señores, para ostentación y muestra de su grandeza, y para que se sepa de qué casa descienden, y la nobleza de su linaje, ponen sus armas en un dosél muy rico y de gran precio; así, preciándose Cristo tanto de Redentor de los hombres, y habiendo tomado por armas sus llagas, entre todos los hombres del mundo escogió para dosél en que estuviesen estampadas y honradas, á nuestro padre San Francisco; no por algún artífice ó artificio, sino por su propia persona y mano hechas.

DISCÍPULO. Al fin quedo con que San

Francisco es estampa de Cristo crucificado, que labró el amor.

MAESTRO. Si no la labrara el amor, no se llamara estampa de Cristo, el cual murió en la cruz de amor. San Agustín dice: «No tienen los clavos al Todopoderoso, sino la caridad tiene enclavado al inocente». Digo que murió de amor, porque los tormentos parece que no pudieran acabar con él tan presto, supuesto que ninguna llaga mortal tenía. Así se maravilló Pilatos de que tan pronto hubiese expirado un hombre de tan excelente complexión y en tan florida y robusta edad. Y como los cirujanos suelen hacer anatomía del que muere, cuando de su muerte no hallan la causa, así la hicieron de Cristo, pues uno de los soldados le abrió el pecho con una lanza y descubrió el corazón, y echóse de ver que el amor que de él se había apoderado era causa de su muerte, porque salió de él agua y sangre, como si estuviera vivo. Allí se tomó experiencia de que el amor es firme como la muerte. Y más, que aquí trocaron la muerte los arcos y las aljabas, y desde aquel punto el amor mata y la muerte enamora. ¿A cuántos ha muerto el amor enamorados de la muerte? Así dijo San Pablo: «El morir es ganancia». Antes de este tiempo era cosa muy espantosa el morir; era pérdida grande;